

Lecturas del V Domingo del Tiempo Ordinario

Domingo 9 de febrero de 2025

Primera Lectura

Lectura del libro de Isaías (6,1-2a.3-8):

EL año de la muerte del rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso: la orla de su manto llenaba el templo.

Junto a él estaban los serafines, y se gritaban uno a otro diciendo:

«¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!».

Temblaban las jambas y los umbrales al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo.

Yo dije:

«Ay de mí, estoy perdido! Yo, hombre de labios impuros, que habito en medio de gente de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Señor del universo».

Uno de los seres de fuego voló hacia mí con un ascua en la mano, que había tomado del altar con unas tenazas; la aplicó a mi boca y me dijo:

«Al tocar esto tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado».

Entonces escuché la voz del Señor, que decía:

«A quién enviaré? ¿Y quién irá por nosotros?».

Contesté:

«Aquí estoy, mándame».

Salmo

Sal 137

R/. Delante de los ángeles tañeré para ti, Señor.

*V/. Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
porque escuchaste las palabras de mi boca;
delante de los ángeles tañeré para ti;
me postraré hacia tu santuario. R/.*

V/. Daré gracias a tu nombre:
por tu misericordia y tu lealtad,
porque tu promesa supera tu fama.
Cuando te invoqué, me escuchaste,
acreciste el valor en mi alma. R/.

V/. Que te den gracias, Señor, los reyes de la tierra,
al escuchar el oráculo de tu boca;
canten los caminos del Señor,
porque la gloria del Señor es grande. R/.

V/. Tu derecha me salva.
El Señor completará sus favores conmigo.
Señor, tu misericordia es eterna,
no abandones la obra de tus manos. R/.

Segunda Lectura

Lectura de la primera carta de san Pablo a los Corintios (15,1-11):

Os recuerdo, hermanos, el Evangelio que os anuncié y que vosotros aceptasteis, en el que además estáis fundados, y que os está salvando, si os mantenéis en la palabra que os anunciamos; de lo contrario, creísteis en vano.

Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas y más tarde a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos juntos, la mayoría de los cuales vive todavía, otros han muerto; después se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; por último, como a un aborto, se me apareció también a mí.

Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios.

Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no se ha frustrado en mí. Antes bien, he trabajado más que todos ellos. Aunque no he

sido yo, sino la gracia de Dios conmigo. Pues bien; tanto yo como ellos predicamos así, y así lo creísteis vosotros.

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Lucas (5,1-11):

En aquel tiempo, la gente se agolpaba en torno a Jesús para oír la palabra de Dios. Estando él de pie junto al lago de Genesaret, vio dos barcas que estaban en la orilla; los pescadores, que habían desembarcado, estaban lavando las redes.

Subiendo a una de las barcas, que era la de Simón, le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:

«Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca».

Respondió Simón y dijo:

«Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes».

Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. Entonces hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Vinieron y llenaron las dos barcas, hasta el punto de que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús diciendo:

«Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador».

Y es que el estupor se había apoderado de él y de los que estaban con él, por la redada de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Y Jesús dijo a Simón:

«No temas; desde ahora serás pescador de hombres».

Entonces sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

COMENTARIO A LAS LECTURAS:

“Ay de mí, estoy perdido”. Esa sensación surge a menudo al encontrarse con el Señor, porque sentimos que no somos dignos de ese regalo. Sobre todo, cuando nos hemos propuesto muchas veces ser mejores, no volver a pecar, y no nos sale bien. Repetimos los mismos errores, una y otra vez. Surge la tentación de rendirse. “¿Para qué esforzarse, si nada cambia?”

El problema, quizá, es que lo queremos hacer todo nosotros. Sin dejar que Dios intervenga. Hay que dejar que el ángel purifique nuestros labios y, consecuentemente, el corazón. Entonces todo cambia, y es posible ver la vida de otra manera, y aceptar la misión que el Señor nos encomiende. Y la mies es mucha, ya lo sabemos. “¿A quién enviaré?” Cuando hemos sentido que Dios, a pesar de todo, nos acepta sin condiciones, podemos ofrecernos para ser enviados. Donde sea necesario. Para que otros también lo sepan.

Es lo que sintió san Pablo, con toda seguridad, “por la gracia de Dios”, que le permitió ser lo que fue. En la segunda lectura, el Apóstol de los gentiles hace una muy buena síntesis de nuestra fe, antes de agradecer al buen Dios que le haya permitido cambiar de vida, de perseguidor a apóstol, sin mérito por su parte.

Pablo se aplica en serio a explicar lo que es la razón de nuestra fe. Parece ser que, en nuestros días, a muchos les pasa como a los corintios del tiempo de Pablo. Eso de creer en todo lo que dice la Santa Madre Iglesia no les va. En vez de resurrección, algunos creen en la reencarnación, diez mandamientos parecen demasiados, ciertas cosas de las que dice el Santo Padre suenan “antiguas” y hay cosas que aceptan y otras que no de la doctrina eclesial. Una fe a la carta, en definitiva. Como en los restaurantes. Como casi todo en la vida moderna.

Quizá el problema esté en la falta de catequesis, de preparación. Y en la ausencia de vivencias profundas. A la fe no se llega de repente, como no llegó de repente a ser apóstol san Pablo, ni se convirtieron en cristianos de repente los corintios. Es necesario un avance gradual, apoyado en la Biblia, la Tradición y empujado por el Espíritu Santo. San Pablo nos presenta su experiencia, para que también nosotros leamos personalmente la Palabra y la escuchemos en las

celebraciones de la comunidad, seamos parte activa de la Iglesia, de modo que el Espíritu nos vaya empapando poco a poco y pueda guiarnos.

De esta manera, también nosotros, cristianos del siglo XXI, podremos vivir nuestra fe, si no igual que la vivieron los habitantes de Corinto, sí de una forma similar. Como verdaderos discípulos del Señor, en la vida cotidiana. Entregados a la causa del Reino. Como Jesús.

Ese Jesús que, en el Evangelio, sale de Nazaret, donde había estado en la sinagoga, y vuelve al lago de Genesaret. Está buscando, nos damos cuenta, compañeros de camino para su misión, con Él al principio, y luego, por supuesto, continuar con este proyecto cuando ya no esté físicamente presente en este mundo.

Antes de llamar a los que consideró adecuados, no puede evitar predicar a aquellos que están en la orilla del lago. Porque su misión le pedía permanentemente hablar de su Padre, a tiempo y a destiempo. Como hoy, cuando Jesús se acerca a nosotros, mientras estamos en las cosas de cada día, en la vida cotidiana, allá donde nos encontremos.

Es curioso ver cómo Cristo se dirige a Pedro y a sus compañeros. Dicen los que entienden de esto que, para lograr una buena pesca, hay que salir de noche. Si no habían recogido nada, podemos suponer que no estarían de muy buen humor. Y encima un carpintero se acerca a decirles lo que tienen que hacer. Podría Pedro haberle dicho eso de “zapatero, a tus zapatos”, o mejor, “carpintero, a tus muebles”. Pero algo vería en Cristo, le habría escuchado hablando a la gente, y ya empezaría a sentir que en ese hombre había algo especial. Así que le hace caso. Y mereció la pena.

La reacción de Pedro ante la pesca milagrosa no deja lugar a dudas. Simón reconoce que no es digno de estar cerca de Aquél que puede realizar ese milagro. Como el profeta de la primera lectura. Ahora ya no hay un ángel que purifique, es el mismo Jesús el que le dice “No temas”. El encuentro con Cristo ha cambiado su vida y, desde ese momento, será pescador de hombres. Junto con su hermano Andrés, con Santiago y con Juan. Comienza a formarse el grupo

de los Discípulos, que irán con Cristo a todas partes, para hacer lo que Él hacía y continuar con su obra.

Es bonito saber que siempre hay una cita de cada uno de nosotros con Dios. No todos nos hemos llevado el susto, o hemos tenido la suerte de disfrutar de una manifestación tan clara de Dios. Pero también somos capaces, en la sencillez de la oración, en el recogimiento de la plegaria, de encontrarnos con Dios. ¡Qué hermoso es pensar que a la hora que yo quiera tengo audiencia con Dios! Que en cualquier momento que yo quiera recogerme en oración, Dios me está esperando y me está escuchando. Esto también nos lo quieren revelar estas lecturas, que todo hombre tiene esa revelación íntima de Dios en su propio corazón.

A veces, podemos pensar como Isaías, como Pablo, como Pedro: – “¡Señor soy un pecador!” No importa. Dios no se complace en humillarnos por nuestros pecados, sino que Dios sabe que el hombre por sí no puede pretender la amistad con Él, ni mucho menos la colaboración con su obra. Y entonces despierta este sentimiento de humildad para llamarlo el mismo Dios: – “No temas: desde ahora, serás pescador de hombres.”

Hermano Templario: si piensas que no puedes predicar el Evangelio, porque no es para todos, sí puedes hacer alguna otra cosa. Pedro puso su barca a disposición del Maestro; tú quizá puedas poner tus dones, tu coche, tu tiempo, como signo de que quieres vivir de otra manera, olvidándote de ti mismo, interesándote por los demás, ayudando a los necesitados, no solo materialmente. Porque la fe en Jesús significa escuchar su voz, y no las voces que, a tu alrededor, te invitan a centrarte sólo en ti mismo, a ser egoísta, a no mirar más allá de tus muros.

NNDNN

✠ Dios Padre te necesita, cuenta contigo, te pide acciones concretas cada día para transformar la humanidad con su Palabra. Proponte cada día una acción concreta que vaya cambiando tu ser.



FORMULA ORACIONAL de la ASAMBLEA TEMPLARIA DE ORACIÓN

- 1- Posición y relajación del cuerpo, en pie, sentados o arrodillados cada uno asumiendo la postura que favorezca más su concentración. Lo importante, independientemente de la posición que se adopte, es colocarnos con la actitud de un ser ante su Creador y Padre, rodeados y acogidos por su fortaleza y ternura y transportados al tiempo eterno.
- 2- Cerrar los ojos. Calmar toda emoción. Silenciar toda actividad mental discursiva e imaginativa. Alcanzar el máximo de intensidad para, como sugiere el Papa Francisco sentir que "La oración no es magia, sino un confiarse en el abrazo del Padre. Tú debes orar a quien te engendró, al que te dio la vida a ti concretamente".
- 3- Desde esa actitud, sintiendo como dice Francisco que "tenemos un Padre cercanísimo que nos abraza", recitamos el Padrenuestro de forma sentida:

***Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
Venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad así en la tierra como en el
cielo.***

***Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, porque
nosotros ya hemos perdonado a quienes nos ofenden.***

No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.

***Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y
siempre y en los siglos de los siglos.***

Amén.

Versión en

Latín:

Pater Noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum.

Adveniat Regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.

***Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et
nos dimittimus debitoribus nostris.***

Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo.

***Quia Tuum Regnum, et Potestas et Gloria, Pater, Filius et Spiritus Sanctus, nunc
et semper et in saecula***

Amen

- 4- A continuación, siguiendo la indicación de nuestro padre San Bernardo que dice que "ésta es la voluntad de Dios: quiere que todo lo tengamos por María", rezaremos el Ave María.
- 5- Continuamos centrando la atención dentro de nosotros mismos, en el corazón, tratando de sentir la presencia del Espíritu de Dios en él. Y así, siguiendo el ritmo de la respiración, según el método de Oración Hesicasta decimos interiormente:

"Señor", (alargando la pronunciación al tiempo de la inspiración; al expirar, en profunda meditación decimos): " ten piedad "....

"Señor (inspiración), ten piedad (expiración), o bien: " " Señor Jesucristo

(inspiración) *ten piedad* (expiración).

Larga Vida Al Temple